

PENSANDO....

En este artículo, somero en el fondo y en la forma, se intentan algunas reflexiones sobre la voluntad y el entendimiento.

He aquí a estas dos potencias como paralelas sobre las cuales se desliza, triunfalmente, el carro que conduce a la cima glorificadora, porque la voluntad empuja al norte de las apoteosis a las demás potencias y porque el intelecto en sus dos aspectos de la inteligencia y de la razón allega para su provecho los principios universales como los que inductiva o deductivamente se adquieren. La voluntad ordena cuanto apetece y quiere, pues prima con «superioridad política» no sólo respecto de otras potencias, sino del intelecto mismo, el cual, obedeciendo su voz, pone en práctica los conocimientos que atesora. Y porque sólo el bien se apetece y sólo el bien se quiere, la voluntad cristiana conduce, a la postre, al campo risueño de las dignificaciones.

La fábula de Menenio Agrippa tiene fundamento filosófico y parece ser imagen vívida de la concatenación de los criterios y de las potencias todas, que así como los miembros no pueden vivir sin el estómago, a la mente le es imposible obrar sin la voluntad. Si ésta se atrofia en la pereza o en la actividad sibarítica, entonces el entendimiento, o vive vida latente, o se enerva en el tálamo musulmánico de las concupiscencias.

En el universo de los seres racionales, abundan talentos capaces de salir airoso en la solución de arduos problemas; pero carentes de voluntad incontrastable, no persisten en la lucha y por esta razón ahora las naciones vense mancilladas en su honor, ahora prostituídas por la fuerza del poder extraño y hechas girones en la vorágine de las revoluciones armadas, pues el talento solo a lo más medra, pero no triunfa. Luego es menes-

ter labrar sobre la voluntad un carácter magnánimo, como que por su medio «toda sabiduría se alcanza, toda virtud se adquiere y toda gloria es posible». Con razón santo Tomás adjudicóle puesto más prominente a la voluntad que al intelecto.

Y como no vivimos en época de guerra cruenta, en que un gesto heroico gana inmortal corona, es necesario, para que el bajel humano se deslice triunfalmente sobre el oleaje de la vida, que al carácter se aúne sólida y vasta ilustración. La historia presenta caracteres qué imitar y enseñanzas qué aprender. Unos y otras deben producir en nosotros si no efectos similares al beso materno que despertó en Benjamín Wert con la vocación a la pintura todo un cosmos inefable de bellezas, por lo menos la sensación que experimentó Correggio al contemplar por vez primera la Santa Cecilia de Rafael cuando exclamó: «Yo también soy pintor».

Más la voluntad y el entendimiento necesitan la brida de la educación. Son fogosos corceles cuyos ímpetus se deben domeñar a fin de que su marcha sea ordenada y discreta. Por eso no es extraño que Pablo Valentine fundara en Londres una escuela que, cultivando aquellas dos facultades, diera por fruto la felicidad en sus alumnos; porque ella no es el placer momentáneo, la hora voluptuosa y rosada que se esfuma como se esfuman en la noche los crepúsculos. La felicidad es la satisfacción del ánimo cuando se cumplen los deberes cotidianos, es algo persistente en la vida: aurora que principia en la primera buena acción y cuyo ocaso es la muerte. Si esto es así, no fue idea nueva la de Pablo Valentine, pues en todos los colegios donde el Crucifijo se levante cual signo redentor, se educa la voluntad y el intelecto.

A la labor educativa sucede la labor práctica. En aquella, el hombre acumula virtudes y principios, trata

de libertarse de las sombras de la ignorancia y de las sombras concupiscentes de la carne, de los ojos y de la vida; en la otra se dilata por sus escritos y ejemplos, rompe las ligaduras de lo especulativo y enseña. Y es lógico que si la labor primera es deficiente, la segunda será nula, pues nadie pudo dar lo que no adquirió ni la víbora puede transfundir su veneno sin los colmillos asesinos.

Intelectual y moralmente nadie se hace rico sino con el trabajo y la mortificación. Sólo existen en la vida dos especies como de metamorfosis: la de las riquezas caducas y la de los apellidos paternos. Estos, aunque extrínsecamente, pueden ser signo noble o plebeyo; intrínsecamente, evolucionan en progresión unas veces ascendente y proclive otras. Es que al sol de la fama esplenden nombres oscuros y de los antepasados gloriosos, cuán pocos son los vástagos que honran su prole y sí muchos los que, embriagados con el opio de su nombre, sueñan sobre las glorias pretéritas el sueño de la soberbia.

Las riquezas que en esta nuestra edad tanto se aprecian tal vez porque organizan como en la Roma de Servio Tulio la jerarquía social, sólo engendran como rito casi siempre inexorable, horas voluptuosas y posiciones miserablemente conquistadas. Más bien la pobreza engendra inmortalidad: En peregrinación sencilla cruzan las gentes mares y tierras para ir a arrancar un pedacito de madera, o una hoja, o una flor..... de las que circundan la choza de Amesbury, en donde vivió Juan Greenleaf Whittier, quien no dejó sino la ingenua grandeza de sus cantos. También fueron exponentes de la pobreza dignificada con la gloria Lincoln, el magnífico; y Suárez, el eximio patricio de los Sueños.

De manera que intrínsecamente, deleznales son riquezas y apellidos claros, porque sólo perdura lo que

hizo la mente y obró el corazón; no son incompatibles con la grandeza, pero tampoco son atributos de ella.

Todo depende del cultivo de la voluntad y del intelecto, porque si aquella se inspira en nobles ideales repele al entendimiento de las conquistas efímeras y, arrojándolo en la lid adquisitiva de ciudades y castillos, lo mantiene robusto y poderoso, siempre tenso como el arco cuya saeta está ávida de vulnerar el blanco.

Y porque las relaciones de todas las facultades son tan estrechas que dijéranse de continuidad, el obrar de la voluntad sería más que loco sin la luz del intelecto, y éste a su turno viviría pasivamente su vida solitaria. En el primer caso, el hombre, cual un eterno don Quijote sin lúcidas intermitencias, emprendería las batallas más descomunales, acometiendo aquí molinos de viento, como si fueran desaforados gigantes, y arrebatando allá el yelmo de Mambrino, que no era sino la bacía de un barbero, y en el segundo caso, el «dios mortal nacido para el pensamiento», fuente sería sin cauce, o bajel desmantelado, sin brújula y sin remos.

Mientras no sea una la verdad subjetiva, ni se confundan el yo con el no yo y el mundo ideal con el mundo de los entes reales, no se podrán reducir los criterios a uno solo, como no es posible la reducción de las potencias en la voluntad o en el entendimiento. Si esto es así, si no se pueden divorciar estas dos últimas facultades y si por ser las más nobles de ellas penden los triunfos del terreno existir, es menester hacer de la voluntad y del entendimiento como los punteros que en el reloj de los grandes hechos vayan marcando las etapas gloriosas de la vida.

A. J. MORENO MOSQUERA

(Convictor)

Universidad del
Rosario

Archivo
Histórico